

GARABATOS NEGROS

Hace frío en casa. Por eso soy una bola de lana contra la pared. Las paredes nos protegen porque son fuertes y firmes. Y mi hermana y yo preferimos la pared silenciosa de nuestro cuarto a los gritos que rebotan en las de la sala de estar. Allá abajo es peor. Allá abajo todo está lleno de garabatos negros. No para de latir su centro, repleto de voces. Es bajar las escaleras y poner los pies en el pantano oscuro. El agua nos llega a las rodillas. Y está sucia. Estamos hechas un lío. Y aunque busco dentro de los ojos de mi hermana la solución, no la encuentro.

Ella es más pequeña. Ella se asusta más. Pero ella tiene la inocencia de la piel joven y los juegos de fantasía. Cuando nos acostamos le pido que me cuente cómo es ese lugar en el que todos sus muñecos descansan. Deseo con todas mis fuerzas que el pensamiento nos transporte allí. Lejos del grito de nuestro padre. Muy lejos de las ollas cayendo al suelo de la cocina y los platos rotos. Porque nuestro monstruo no entiende que mamá es diferente, que piensa mucho y que todo lo que piensa se acumula en su mente. Ansiedad, lo llaman. Nosotras lo llamamos madeja. Y no respiramos siquiera. Ni el mínimo aliento, no sea que el monstruo nos escuche y suba las escaleras de dos en dos, porque luego viene la puerta derribada y el dedo señalándonos. Los castigos. Lo que los mayores a veces llaman “el infierno”.

Porque el horror se esconde en la noche silenciosa. Cada ruido nos expulsa del sueño. La mínima sospecha de que el monstruo se arrastra por el

pasillo nos hace salir de la cama y pegar las espaldas a la pared. Estamos atentas. Los ojos se caen de tanto sueño que tenemos. Y el sol nos despierta luego, entrando por la ventana y recordándonos que estamos aquí. En este laberinto sin salida. Que comienza un nuevo día, uno más. Cuando el coche del monstruo se pone en marcha y despegas las ruedas del cieno de casa bajamos corriendo. Abrazamos a nuestra madre. A veces lloramos. Ella nos consuela. Sabemos que prepara un plan. Y ese plan está repleto de la luz del verano.

En ese viaje estaremos todas. Aspiraremos a que nos comprendan. Procuraremos que desenrollen la madeja de mamá. Para eso, nos dice, tienen que comenzar a estirla de la mente poco a poco. Así los pensamientos saldrán ordenados, se colocarán en sus armarios respectivos y, por fin, ella podrá acudir a ellos cuando necesite buscarlos. No es fácil comprenderlo si eres un monstruo, claro. Si los dientes están afilados y la paciencia rota, el volcán se enciende. Es lo que no queremos más. Estamos cansadas de subir a las sillas cuando la lava brota. Por eso las maletas y el cielo azul. Las muñecas también están más contentas, aunque tengan que ir encerradas en una bolsa de viaje. Y, pequeñas como son, también nos dan consejos:

–Estirad poco a poco de la madeja –nos dicen.

En eso estamos. Preparadas para enfrentarnos a cualquier monstruo.

J. SALINGER